



Publica o perece

PUBLICAR PARA VIVIR EN LA ACADEMIA Y LA CIENCIA

Publicar representa un gran logro, tomando en cuenta que a esto antecede un enorme trabajo de investigación y escritura, pero a veces este triunfo llega a ser insuficiente cuando de sobrevivir en el ámbito académico y científico se trata. Esto se debe a que todo lo que el profesor investigador saque a la luz pública será evaluado y tasado por los colegas, práctica a la que se le denomina “revisión de pares” (peer review). El valor del trabajo ante los demás dependerá de su originalidad y profundidad, su relevancia para el sistema de conocimiento, su potencial utilidad científica o práctica, de si el medio impreso empleado está registrado en un index internacional y del carácter de la revista donde fue publicado.

Pero en este escenario, como en cualquier otra actividad del hombre, hay niveles de aprendizaje, investigación y éxito. No se puede esperar o pedir lo mismo a un profesor de Oxford que a otro de la Universidad de Huejoquilla. Y no porque no exista masa crítica para hacer investigación de calidad –pues en México la hay; en menos cantidad pero sí con la visión y la capacidad necesarias para hacer cosas trascendentes–, sino por que se carece de infraestructura moderna, de apoyo financiero para construir y renovar el equipo y, principalmente, de la confianza por parte de los sectores productivo y de servicios.

Según Bunge (2000), los investigadores que en los países desarrollados no publican en revistas de

circulación internacional no son vistos como científicos por sus pares. Su presencia en revistas y foros especializados es objeto de una continua vigilancia, escrutinio y calificación. “Su actividad no es evaluada por directores de departamento, ni menos aún por funcionarios estatales, sino por las revistas que sopesan sus artículos y por los organizadores de congresos encargados de seleccionar a los expositores invitados. Estos jueces son, en última instancia, los que determinan el rango y el salario de los investigadores.”

Y agrega, “en esos países, la consigna es: “publica o perece.” Esta consigna impone una lucha muy dura por la supervivencia académica. Allí no hay tal cosa como estabilidad del investigador. Si se le seca a uno el cerebro, mala suerte. Tendrá que ganarse la vida enseñando cursos elementales, con lo cual será mucho más útil y feliz que simulando seguir siendo lo que acaso fue alguna vez (o nunca) lo fue, cuando aún tenía curiosidad y empuje.”

Las publicaciones científicas y académicas, que son la medida universal de reconocimiento y recompensa dentro de la comunidad universitaria (en la cual está inserta la mayoría de los miembros de la comunidad científica mexicana), han pasado a formar parte de los sistemas de evaluación del personal docente de las universidades públicas de México. Cada año, los profesores universitarios reúnen pruebas documentales del producto del trabajo del año inmediatamente anterior para someterlo a una revisión arbitrada que, de acuerdo a un sistema de puntuación, le permitirá recibir una “beca

académica” que complementará mensualmente su salario.

Como en cualquier tipo de sistemas de evaluación, las críticas no han faltado. No obstante, este programa ha hecho que los profesores participantes se esfuercen por llevar registros de sus actividades –que no todos lo hacían antes, y menos aún formalmente– y por producir nuevos materiales. Aunque no todo el trabajo evaluado dentro de este esquema tenga que ver con la investigación (o “generación de conocimiento”, como se le denomina oficialmente), se ha sembrado la preocupación por crear archivos del trabajo personal e institucional.

Pero investigar y tener resultados que publicar tampoco es suficiente para un científico. ¿Cuántas veces no hemos visto en México investigadores universitarios que después de realizar sus estudios almacenan lo que encontraron? ¿O estudiantes de licenciatura o postgrado que después de haber terminado sus proyectos de investigación para titularse, son incapaces de traducirlos en una tesis? Y esos materiales se quedan entre legajos y cuadernillos, y todo por que no saben escribir; porque ignoran la manera de escribir un artículo o una disertación.

La escritura de documentos científicos, empezando por lo básico que son las tesis hasta el desarrollo de propuestas científicas para la generación de recursos destinados a la realización de investigación propia, es un factor poco estimado y menos reconocido que incide positivamente no sólo en la generación de publicaciones científicas, sino en la creación de ciencia *per se*.

Los artículos científicos publicados son los que, en buena medida, hablarán por el autor, y algo que no deberá de hacer mientras continúe su vida en la academia. Pero esto no debe

confundir a los jóvenes, un investigador no está todo el tiempo escribiéndolos y sacándolos a la luz, pues, aunque a muchos les pueda resultar difícil de entender, el académico investigador gasta más tiempo redactando reportes a instituciones que subsidiaron sus estudios, buscando financiamiento y elaborando nuevos proyectos y, si está comprometido con la educación superior, preparando materiales de enseñanza (Yore, 2002).



Referencias:

Bunge, Mario. 2000. *El futuro de la ciencia en la Argentina: La cenicienta de siempre*. Buenos Aires. La Nación.

Yore, L.D. 2002. *Written discourse in scientific communities: a conversation with two scientists about their views of science, use of language, role of writing in doing science, and compatibility between their epistemic views and language*. Australia: University of Victoria.

publicaoperece@yahoo.com

